

Introducción

La verdadera autoestima tiene su origen en experimentar que Dios ha tenido a bien, no solamente crearme y hacerme su hijo, sino vivir dentro de mí.

Dios es la belleza, y la belleza solo puede amar lo que es bello. De ahí puedo deducir que en mi interior hay una belleza muy grande. Pero es una belleza que solo puede ser vista por la mirada de un Padre, porque está enmarañada entre miserias y contradicciones.

Cuando pongo la cimentación de mi autoestima, sobre la roca de saber que soy hijo de Dios y hogar de la Trinidad, ya pueden venir torrentes de juicios ajenos o huracanes de circunstancias dolorosas o fracasos, que la casa de mi autoestima seguirá manteniéndose en pie.

Si miles de veces, he dejado que unas “voces interiores”, me repitan mensajes que distorsionan la visión que tengo sobre mí mismo, miles de veces tendré que acudir a la Palabra de Dios, para que el Espíritu Santo, pueda comunicarme, una y otra vez, la gran dignidad que representa ser hijo de Dios y morada de sus Tres Personas.

Es un trabajo arduo, sobre todo al principio. Pero merece la pena.